

Diablotexto *Digital*



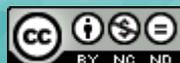
La sed de cambio dentro del neoliberalismo maduro en Chile: *Limpia* (2022), de Alia Trabucco Zerán

Thirsting for Change in Neoliberal Chile: Limpia (2022) by Alia Trabucco Zerán

OLGA BEZHANOVA
SOUTHERN ILLINOIS UNIVERSITY, EDWARDSVILLE
obezhan@siue.edu
<http://orcid.org/0000-0001-5798-9049>

Fecha de recepción: 13 de junio de 2024
Fecha de aceptación: 30 de septiembre de 2024

Diablotexto Digital 16 (diciembre 2024), 148-170
<https://doi.org/10.7203/diablotexto.16.29029>
ISSN: 2530-2337



Licencia de reconocimiento de **Creative Commons** "Reconocimiento - No Comercia l- Sin Obra Derivada"



Resumen: La novela *Limpia* (2022), de escritora chilena Alia Trabucco Zerán, hace uso de las metáforas del agua y la piedra para expresar los sentimientos de rebeldía contra la neoliberalización de la sociedad chilena que inspiraron los movimientos de protesta de 2019-2020. La profunda soledad del sujeto completamente neoliberalizado es el resultado del colapso de redes de relaciones y cuidado que resisten la monetización. Los personajes de la novela difieren en el grado en que han logrado aprovechar las fuerzas del mercado, pero sufren de la misma incapacidad para conectar con el otro.

Palabras clave: novela, Chile, neoliberalismo, conciencia de clase, Alia Trabucco Zerán

Abstract: The novel *Limpia* (2022) by the Chilean writer Alia Trabucco Zerán relies on the metaphors of water and stone to express the sentiments of rebellion against the neoliberalization of Chilean society that inspired the country's protest movements of 2019-2020. The profound loneliness of the fully neoliberalized subject is a result of the collapse of networks of relationships and care that resist monetization. The characters of the novel differ in the degree to which they have been able to harness market forces, yet they suffer from the same incapacity to connect with others.

Key words: novel, Chile, neoliberalism, class consciousness, Alia Trabucco Zerán



El neoliberalismo y la fluidez

Los arquitectos del neoliberalismo global hicieron uso de varios países hispanos, y de Chile en particular, como “un laboratorio donde se gestó el sistema neoliberal” (Salinas Figueredo, 2007: 89). La experimentación neoliberal llevada a cabo por los Chicago Boys con la participación y asistencia de los regímenes dictatoriales de estos países los transformó en espacios donde los preceptos neoliberales se ponían en práctica para luego adaptarse a la escala global. Chile se neoliberalizó agresivamente bajo la dictadura de Augusto Pinochet y no se desvió de este camino durante el período ‘democrático’ posdictatorial. Como resultado, los chilenos han podido abismarse plenamente en las consecuencias devastadoras de esta política. Resulta poco sorprendente que hoy en día jóvenes escritores chilenos publiquen obras imbuidas por una fuerte sensibilidad antineoliberal. La novela *Limpia*, de Alia Trabucco Zerán, publicada en 2022 es uno de los ejemplos más llamativos de esta tendencia, puesto que transmite el espíritu de las protestas que sacudieron el país en 2019 y 2020 para expresar el profundo malestar de muchos chilenos ante el impacto de la corriente descontrolada del capital global líquido sobre sus vidas¹. En su estudio de las imágenes que acompañaron las protestas chilenas de los años recientes, Terri Gordon-Zolov y Eric Zolov observan que las metáforas oceánicas y acuáticas que apuntan tanto a la búsqueda como a la evasión de la fluidez estaban presentes en las descripciones y las imágenes de las protestas de ese año no solo en Latinoamérica sino también en Asia y Europa (2022: 9). *Limpia*, la novela que ofrece un retrato literario de las protestas en Chile, retoma las imágenes acuáticas de las manifestaciones populares para ilustrar el impacto del neoliberalismo en los representantes de diferentes clases sociales.

En una serie de libros que comienza con *Modernidad líquida* (2000), el filósofo Zygmunt Bauman describió las consecuencias de la desterritorialización del capital, que a partir de la década de 1970 ha estado efectuando una desvinculación progresiva de lo físico y lo sólido a favor de lo fluido:

¹ Uso el término “capital líquido” en el sentido introducido por Zygmunt Bauman para referirse a la transformación del capitalismo global en la era de la financiarización que se asocia con el periodo neoliberal.



Esa clase de «disolución de los sólidos» destrababa toda la compleja trama de las relaciones sociales, dejándola desnuda, desprotegida, desarmada y expuesta, incapaz de resistirse a las reglas del juego y a los criterios de racionalidad inspirados y moldeados por el comercio, y menos capaz aun de competir con ellos de manera efectiva. (2015 [2000]: 10)

El capital se desplaza hoy con una presteza antes inaudita, exigiendo que todo aquel que quiere mantenerse a flote en su flujo imparable siga llevando a cabo verdaderas hazañas de agilidad intelectual, emocional, psicológica y profesional. Según plantea la académica feminista Chandra Mohanty², esta forma del capitalismo requiere que la mente humana “siempre esté tan preparada para moverse como lo está el capital, para poder trazar sus caminos e imaginar sus posibles destinos” (2003: 251). Ha surgido un sinnúmero de narrativas que intentan ocultar la naturaleza económica de este estado de cosas. Así, la necesidad de estar siempre preparado para moldearse se conceptualiza como necesaria para la liberación del ser humano de las ataduras que supuestamente lo restringen, siendo la aceptación de las narrativas neoliberales como una emanación del sentido común en vez de una manipulación fuertemente ideológica una de las mayores victorias del neoliberalismo (Hall y O’Shea, 2013: 11). Philip Mirowski apunta al respecto que los neoliberales nunca se definen como tales, lo cual les permite disfrazar sus ideas como expresiones no-ideológicas de un acercamiento despolitizado (2009: 427-8). En realidad, este tipo de narrativas aseguran que el capital siempre tendrá acceso a mano de obra desarraigada y dispuesta a romper todos sus vínculos para trasladarse a cualquier parte en un corto plazo de tiempo en busca de un empleo cada vez más precario. La libertad que exalta el neoliberalismo, de igual modo, consiste en una desvinculación del individuo de la familia, la comunidad y el ambiente conocido, esto es, del lugar donde dispone de las ventajas del conocimiento y la solidaridad para poder ser libremente exprimido y descartado por el capital siempre en movimiento.

² La traducción al castellano es propia.



Para asegurar su dominación e imposibilitar no solo la resistencia sino la capacidad misma de concebir una alternativa, el capitalismo neoliberal actúa, de acuerdo con Christian Laval y Pierre Dardot, como

productor de cierto tipo de relaciones sociales, de ciertas maneras de vivir, de ciertas subjetividades. Dicho de otro modo, con el neoliberalismo lo que está en juego es, nada más y nada menos, la forma de nuestra existencia, o sea, el modo en que nos vemos llevados a comportarnos, a relacionarnos con los demás y con nosotros mismos. (2013: 14).

Desarrollando la definición de la subjetividad neoliberal propuesta por Michel Foucault en sus lecciones sobre la biopolítica ofrecidas en el Collège de France en 1978-9, Byung-Chul Han señala que “la sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad de rendimiento. Tampoco sus habitantes se llaman ya «sujetos de obediencia», sino «sujetos de rendimiento». Estos sujetos son emprendedores de sí mismos” (2022 [2016]: 25). El hecho de someterse de una manera voluntaria (y a menudo ansiosa) a las demandas del capital, que exige siempre una mayor productividad, crea una ilusión de una libertad sin límites que produce la falsa conciencia de un ser neoliberal.

El modelo neoliberal de la coexistencia social genera su propio tipo de subjetividad humana. Uno de los soportes de esta subjetividad neoliberalizada consiste en una postura autocastigadora hacia sí mismo que desarrolla cada individuo. Como resultado, los seres humanos asumen el sentido de la culpa por los fallos del sistema económico, se castigan y se avergüenzan cada vez que no se sienten del todo exitosos en la administración de su propio ser, como si de una empresa comercial se tratara. La percepción de uno mismo como una empresa subvierte cualquier posibilidad de acción solidaria, dado que la competencia es una parte integral del espíritu empresarial. Si cada individuo es un emprendedor que administra su propio ser para extraer toda la plusvalía que se pueda, se verá obligado a ver a los demás como competidores por unos recursos siempre más y más escasos (Laval y Dardot, 2013: 15). Una vez que se haya interiorizado esta manera de conceptualizar las relaciones entre los seres humanos, la subjetividad misma comienza a imitar las características que tienen vigencia en el mundo de los negocios. La capacidad de acercarse a la experiencia humana desde la óptica de la lucha de clases se atrofia debido al



individualismo implícito en esta concepción de la identidad. Es por ello por lo que las obras de arte que, como *Limpia*, intentan distanciarse de la subjetivación neoliberal a menudo recurren precisamente al vocabulario de la lucha de clases para efectuar este alejamiento.

El agua y la piedra como metáforas de la resistencia obrera a los flujos neoliberales

Limpia se narra desde una conciencia de la clase obrera, que es la de Estela García, una empleada de servicio que ha abandonado la pobreza y la desesperanza de la isla de Chiloé para trasladarse a la capital en búsqueda de mejores oportunidades laborales. Estela repite la trayectoria de un creciente número de trabajadores expulsados de sus hogares por la necesidad de seguir el desplazamiento cada vez más acelerado del capital líquido. Tras ser contratada como una empleada de servicio en casa del matrimonio adinerado de Mara López y Juan Cristóbal Jensen, Estela empieza su vida al margen de la intimidad de sus empleadores. Estela procesa las diferencias de clase entre ella y sus empleadores utilizando las metáforas de la piedra y el agua: para que una pequeña minoría pueda tener una vida fluida con amplias oportunidades económicas y una gran movilidad social y financiera, muchos más tienen que quedar varados en la orilla árida del estancamiento y la soledad, y Estela es una de ellos.

Estela pasa sus días limpiando la casa grande y cómoda en la que trabaja, pero el agua que utiliza en sus quehaceres diarios no le pertenece. Observa el modo de vida de los poseedores de capital líquido, dándose cuenta de que está destinada a morir de sed en el sentido más amplio de la palabra al lado de los que han privatizado los recursos tanto físicos como intangibles. Mientras se esconde en el silencio sepulcral de la condescendencia y el desprecio de sus empleadores, que se burlan de sus registros de habla de clase trabajadora (Trabucco Zerán, 2023: 65), Estela se da cuenta de que nunca alcanzará la fluidez necesaria para garantizarse un nivel digno de vida y colmar su sed. Al analizar su situación desde la perspectiva de la lucha de clases, la mujer expresa un sentimiento profundo y desgarrador de hostilidad hacia los ganadores de la



competencia neoliberal.

La desposesión que experimenta la narradora de *Limpia* no solo es económica sino también familiar, puesto que, dentro del sistema económico neoliberal, la capacidad misma de formar una familia (o mantener lazos afectivos con sus familiares) se está convirtiendo cada vez más en un privilegio de clase (Ventura, 2012: 18). El desposeimiento que experimenta Estela le niega la posibilidad de disfrutar de su propia vida privada. Aquellos que pueden permitirse el lujo de la estabilidad sin sacrificar su bienestar material y logran mantener una identidad sólida para apoyar la formación de una familia pueden aspirar a este estatus privilegiado. Las empleadas domésticas como Estela, sin embargo, se ven obligadas a formar parte de un elenco de apoyo contratado para ayudar a que la vida familiar de los pudientes funcione sin problemas. La labor de las mujeres como Estela posibilita la domesticidad de las clases medias altas, pero para poder desempeñar ese papel sacrifican cualquier esperanza de formar sus propias familias o compartir sus vidas con los parientes que necesitan apoyo y cuidado. *Limpia* muestra que este modelo de coexistencia social solo puede acarrear resultados desastrosos: la neoliberalización de las estructuras familiares que ha transformado la familia en un marcador de clase para los pudientes redundando en la soledad y el aislamiento para las clases obreras. A la vez, intensifica la ansiedad experimentada por las clases medias en vías de extinción debido a la lumpenización que las acecha en el mundo neoliberal. Por otro lado, el único personaje infantil de *Limpia* muere al final de la obra, dejando en claro que se trata de un modelo de la sociedad que no tiene futuro. Pero hay algo más: dicha muerte ocurre como resultado del ahogamiento en la piscina familiar, lo cual subraya, una vez más, la centralidad del agua para la obra.

La presencia abrumadora de la imaginación acuática en *Limpia* trata de reflejar la compleja historia de los recursos hídricos en Chile. A partir de la década de 1990, se produce un giro global hacia la privatización de los recursos hídricos que ha tenido un impacto particularmente notable en las naciones en desarrollo de América Latina, África y Asia, entre las cuales Chile se ha considerado durante mucho tiempo un éxito en lo que concierne sus prácticas de la privatización del agua (Bauer, 2014: 142). Chile inició su camino hacia la



privatización del agua en 1981, durante la dictadura de Pinochet. Como uno de los primeros experimentos globales de neoliberalización agresiva, el país adoptó un Código de Aguas que se convirtió en

el principal ejemplo a la escala mundial del acercamiento basado en los principios de mercado libre en la materia del derecho y la economía del agua: un caso clásico de tratar los derechos hídricos no simplemente como propiedad privada sino también como un bien totalmente comercializable³. (Bauer, 2013: 130)

Sin embargo, el mito de que la privatización chilena del agua haya sido sumamente exitosa y carente de problemas se derrumba durante las protestas antineoliberales de 2019, en las cuales se denuncia, entre otras cosas, la grave escasez del agua bajo el lema “No es sequía, es saqueo” (Rojas Vilches, 2021: 1). Así, los manifestantes apuntaron hacia el hecho de que la carestía de los recursos hídricos en el país se debía no solo a la sequía que había arrasado Chile a lo largo de 15 años, sino a la totalidad del experimento neoliberal que hundió el país en la desigualdad que se manifiesta en todos los aspectos de la vida, incluido el acceso al agua.

En Chile, el Código de Aguas de 1981 había transformado el agua de un recurso natural a un depósito de significados sociopolíticos que reflejan el proceso continuo de la exclusión política, económica y social de un número creciente de chilenos (Budds 2008: 63). El papel que juega el acceso al agua en el país subyace en las metáforas acuáticas del monólogo de Estela García que constituye la narración de *Limpia*. Pese al convencimiento de sus empleadores de que una empleada de servicio solo puede poseer una inteligencia rudimentaria, la voz narradora es una observadora perspicaz cuyo análisis de lo que la rodea se ancla, como ya hemos dicho, en los conceptos de la lucha de clases. Mientras realiza sus tareas diarias, la mujer suele ver informes televisivos sobre las protestas que ocurren en su país e intuye que la fluidez y la resistencia a la licuefacción que ésta acarrea están en el centro del conflicto social. Uno de los noticieros más impactantes que ve gira en torno de una autoinmolación cometida por un viudo tras perder su casa por escasez de recursos económicos

³ La traducción del inglés es mía.



para pagar una deuda médica (2023: 39). El fuego, elemento opuesto al agua, simboliza en este caso la exclusión del individuo del mundo de la fluidez.

A lo largo de su narración, Estela experimenta sentimientos agudos de sed cada vez que su exclusión de cualquier tipo de relación familiar, sexual o comunitaria se vuelve particularmente evidente. Tiene sed no solo del agua *per se*, sino de todas las comodidades materiales e inmateriales que están cada vez más fuera del alcance de quienes no han encontrado una manera de inscribirse en la fluidez neoliberal. Para la protagonista, el agua constituye un símbolo de la riqueza de la vida en su sentido más amplio. No en balde, la existencia que había compartido con su madre en Chiloé no careció por completo del agua y del calor humano que el líquido simboliza para ella. Es más: la mayoría de los recuerdos que guarda de su vida en Chiloé tienen como trasfondo el sonido de las gotas de lluvia golpeando el techo de zinc de su vivienda deteriorada. Estela rememora esta experiencia auditiva cada vez que percibe de forma aguda su soledad en la casa de los patrones y comienza a fantasear con volver a Chiloé: “En un mes volvería al campo y escucharía la lluvia azotarse contra las planchas de zinc. Mejor allá que acá, mejor acompañada que sola, mejor el frío que el calor, las goteras que la sequía” (2023: 58). Cuando se da cuenta de que dejar su trabajo en Santiago le resulta económicamente insostenible, la mujer se convence de que finalmente ha empezado a llover en la capital. Y es que su deseo de creer en la posibilidad de encontrar en Santiago una humedad que podría satisfacer sus querencias vitales es tan fuerte que Estela tarda en darse cuenta de que los sonidos que creyó provenientes de unas gotas de lluvia cayendo en el techo de la casa de sus empleadores era, en realidad, el ruido de los higos que caían de las ramas de una higuera seca que crece al lado del edificio (2023: 102-103).

Metáforas de la sed y del agua permean la única relación cercana que Estela desarrolla en los siete años que lleva trabajando para la familia Jensen López. A escondidas de sus empleadores, comienza a disfrutar de la compañía de una perra callejera a la que apoda Yany. El animal se convierte en el destinatario de la labor de cuidados no remunerada y no enajenada de Estela, y la mujer desarrolla un profundo apego hacia el animal. Sin embargo, la capacidad de Estela para expresar verbalmente sus sentimientos se ha atrofiado



como consecuencia de una privación emocional a largo plazo, motivo por el cual su única forma de expresar su amor hacia Yany consiste en darle al animal “toda el agua que quisiera” (2023: 119). Pero la protagonista no ejerce ningún tipo de control real sobre el agua ni en su significado literal ni en lo que respecta a su carga simbólica: está condenada a sufrir de sed en un grado extremo mientras observa a sus patronos manipular los recursos hídricos que poseen, lo que la deja para siempre varada en la orilla de una esterilidad material y emocional.

Ahora bien, los pequeños cuencos de agua que Estela le ofrece a Yany en secreto no logran salvarle la vida cuando la patrona dirige hacia el animal un potente chorro de agua que termina empujando a Yany hacia una cerca eléctrica que la electrocuta (2023: 199). Solo unas horas más tarde, Julia, hija única de Mara López, la patrona, se ahoga en la piscina familiar bajo circunstancias misteriosas. En última instancia, la fluidez deja tanto a Estela como a Mara sin su ser más querido. Y es que nadie está a salvo de las fuerzas destructoras de la licuefacción que, imparable, erosiona los vínculos afectivos en las sociedades neoliberalizadas. Estela y Mara podrían haber evitado la pérdida de sus seres amados si hubieran logrado desarrollar algo parecido a una relación afectuosa. Sin embargo, ambas mujeres han interiorizado la sociofobia neoliberal que César Rendueles define como una de las

fases terminales de una profunda degeneración en la forma de entender la sociabilidad que afecta decisivamente a nuestra comprensión de la política. Creemos que podemos satisfacer nuestra necesidad natural de contar con otras personas... mediante relaciones granulares y limitadas. (2013: 176)

La atrofia de la sociabilidad entre las dos mujeres es consecuencia directa de las relaciones laborales que se han establecido entre ellas, y la soledad es el único futuro para ambas.

Estela intuye que su complicada relación con el agua constituye una forma de exteriorizar la enajenación que vive en el hogar de los Jensen López. El ataque más severo de una sed insaciable la acecha cuando presencia un acto sexual entre el marido y la mujer que la emplean. Al toparse con la evidencia innegable del disfrute íntimo de la pareja, se siente “como si la sequía viviera en mí, al interior de mi garganta” (20203: 49), transformándose en una encarnación viva de la sequía que azota al país. Estela trabaja para la familia de los Jensen



López entre la edad de treinta y tres y cuarenta años, y la imposibilidad de desarrollar sus propias relaciones íntimas debido a sus condiciones laborales la condena a un futuro de esterilidad reproductiva y relacional. La enajenación de los trabajadores en su lugar de empleo está en el centro del análisis marxiano de la conciencia obrera:

¿En qué consiste, entonces, la enajenación del trabajo?

Primeramente en que el trabajo es *externo* al trabajador, es decir, no pertenece a su ser; en que en su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador solo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. (Marx, 1970 [1932]: 108-9)

La situación de Estela, sin embargo, es aún más insostenible que la del trabajador en el ejemplo aducido por Marx, porque vive en la misma casa donde realiza su trabajo remunerado y, en consecuencia, nunca está plenamente en casa. No alcanza a sentirse *en sí* porque no tiene oportunidad alguna de desplazarse allá donde verdaderamente se encuentre fuera de trabajo. Ni tiene hogar propio ni puede formar sus propias relaciones familiares. De ahí que el mundo interior de Estela se convierta en el único espacio que sus empleadores no pueden enajenar del todo. Y decimos del todo porque sus patrones se esfuerzan por enajenar hasta su subjetividad, sin embargo y como única forma de resistencia posible, la protagonista trata de desterrar cualquier atisbo de apego emocional hacia la familia Jensen López. El resultado de ello es que su interioridad se convierte en un lugar de lucha incesante donde los sentimientos se tornan un medio de producción del que sus empleadores quieren extraer toda la plusvalía que puedan, mientras que Estela resiste con el fin de mantener su vida emotiva bajo su propio control. Su afecto es la única manifestación de su ser sobre la cual puede reclamar derecho de propiedad, y Estela prefiere vivir en un desierto emocional a acceder a una renuncia de todo control sobre su mundo afectivo.

Los empleadores de Estela nunca llegan a reconocer que debe de ser difícil para su criada observar su intimidad sin poder desarrollar sus propias relaciones íntimas. Su indiferencia al estado mental de la empleada petrifica a Estela hasta tal punto que empieza a intuir su propia transformación en una



pedra: “Sentí que algo aguantaría en mi cuello, como si una piedra brotara en el lugar más blando de mi cuerpo” (2023: 53). Estela comienza a asociar a sus patrones con el agua y a sí misma —como todos los chilenos desposeídos— con piedra. Así, mientras observa a don Cristóbal enseñar a su hija pequeña a nadar en la piscina privada de la familia, la protagonista se refiere al padre y a la hija como “dos gotas de agua” y “su gota de agua” (2023: 83). Por otro lado, la facilidad con la que Cristóbal y Julia aprenden a nadar es una metáfora de su capacidad de acceder al tipo de movilidad que solo es accesible para una pequeña minoría de chilenos.

En la línea de lo que estamos viendo, la inmersión de Estela en los significados metafóricos del agua y la sed la impulsa a reinterpretar cada evento traumático dentro de este marco simbólico. Por eso, durante un atraco en la casa de sus empleadores, la voz narradora siente que uno de los ladrones susurra “dame la sed” antes de escupirle en la boca (2023: 182). Matiza su descripción del doloroso momento diciendo “eso dijo. O eso creo que dijo” (2023: 182). Estela tiene poco control sobre su vida y esto hace que su capacidad para organizar su propia narrativa le sea aún más valiosa; de ahí que elija cuidadosamente cada palabra que pronuncia y, por lo tanto, quede claro que crea deliberadamente dudas sobre cuáles fueron en verdad las palabras que pronunció el atracador. Nunca sabremos qué dijo (si es que dijo algo) el hombre, pero la anécdota relatada por Estela vuelve a resaltar la importancia de la metáfora del agua dentro de su imaginario. Cuando se queda a solas con el atracador, a pesar del terror que siente cuando el criminal la amenaza y la llama “esclava de mierda,” ella asocia al joven con una humedad vivificante mientras lo recuerda (o lo imagina) escupir en su boca (2023: 185). Como venimos diciendo, es solo a través del encuentro con erupciones del odio de clase y la violencia de los marginados que logra saciar, aunque sea de una manera efímera, su sed.

Estela cree que lo único que puede servir como dique contra la creciente fluidez de la existencia es la piedra. A menudo se asocia con una roca y hace uso de piedras para poner en práctica unos pequeños actos de rebelión contra sus empleadores. Por ejemplo, utiliza piedras para sabotear la cena en casa de los patrones cuando su silencio se vuelve particularmente doloroso en el



contexto de la sociabilidad de los invitados a la fiesta. Su propósito al colocar unas piedras recogidas en la calle en una licuadora mientras prepara cócteles para la reunión se entiende mejor si analizamos las acciones de Estela dentro del marco de la dicotomía agua/piedra que desarrolla a lo largo de su relato. Este acto aparentemente inútil de sabotear un aparato electrodoméstico le brinda una rara oportunidad de participar en una rebelión simbólica contra la naturaleza agotadora de su trabajo:

Con cada respuesta [de los invitados que entablan una charla] fui sacando las piedras de mi bolsillo. Soltaban un ruido grave al sumergirse y se asentaban al fondo de la licuadora cubiertas por millas de burbujas. Se veían lindas, ahí abajo... Las podría haber contemplado un buen rato de no ser por el apuro. Tanto apuro, siempre. (2023: 56)

La carrera incesante hacia una gestión más eficaz del tiempo es una de las cualidades que Estela asocia con sus empleadores y, al colocar piedras en la licuadora, interrumpe momentáneamente el brote fluido y eficiente de sus vidas. Al final de la novela, la protagonista se une a un grupo de manifestantes callejeros que lanzan piedras a la policía. Así, de sabotear una licuadora en un acto solitario de rebelión pasa a intentar perturbar los fundamentos de las estructuras sociales que la oprimen, encontrando una colectividad rebelde a la que poder unirse. Lo último que ve Estela antes de perder el conocimiento en la protesta callejera es la cadena montañosa que se vislumbra a lo lejos. Su rebelión solitaria en la cocina de sus patrones fue nada más un pedrusco fácil de aplastar por la maquinaria neoliberal que domina su vida diaria; la acción colectiva, por el contrario, tiene el poder de crear algo tan permanente y significativo como una cadena montañosa, obstaculizando el movimiento de capital fluido.

En última instancia, la fluidez resulta devastadora incluso para aquellos que, como los empleadores, parecen haber aprendido con éxito a navegar una existencia fluida. Julia, la hija de Cristóbal y Mara, se ahoga en la piscina familiar pese a saber nadar, y Estela insinúa que la niña se suicidó a causa de la presión impuesta por los padres para obligarla a inscribirse en un proceso de auto-optimización constante. El poder de la narrativa de Estela es tal que los críticos a menudo confunden su relato en primera persona con una interpretación



desapasionada de unas verdades psicológicas objetivas. Matías Celedón, por ejemplo, acepta plenamente la descripción de Julia que provee Estela, olvidando que lo más probable es que su narrativa esté contagiada por la hostilidad hacia la niña que Estela cultiva en sí misma:

Julia, la niña, es un personaje conflictivo, ambivalente [...] Tal vez, lo que transforma esta novela en una historia de terror, es la inocencia inicial de esa niña y cómo va adquiriendo y somatizando las ansiedades, el miedo y la arrogancia infinita que proyectan y le transfieren sus padres". (Celedón, 2022: 376).

En realidad, la ambivalencia en la descripción de Julia no proviene de este personaje, sino que surge de la actitud de Estela hacia la niña a quien ayuda a criar sin permitirse amarla. Los esfuerzos de Estela por distanciarse emocionalmente de Julia la llevan a otorgarle un significado clasista incluso al trauma del nacimiento de la niña: "Su hija había permanecido muda los primeros días de su vida. Como si nada le hiciera falta. Como si hubiera nacido satisfecha" (2023: 23). En numerosas ocasiones, Estela intenta competir con los padres de la niña por su amor y la autoridad para guiar su crianza, pero se da cuenta de que su estatus, a los ojos de Julia, nunca alcanzará el de sus padres. Esta comprensión la lleva a atribuirle rasgos negativos a la niña para ahorrarse el dolor de los repetidos recordatorios sobre su falta de derecho al amor de la niña. Estela pertenece al creciente grupo de mujeres a quienes la razón neoliberal está robando las características no solo del género sino del sexo para convertirlas en capital humano incapaz de producirse ni reproducirse (Rottenberg, 2017: 332).

Los sujetos neoliberales exitosos y su experiencia de la fluidez

Estela observa el estilo de vida de los sujetos neoliberales exitosos y lo encuentra incomprensible. La dedicación de Mara y Cristóbal a sus actividades profesionales la desconcierta porque la idea de autorrealización a través del trabajo no es accesible para los miembros de su clase social. Para Estela el trabajo es una actividad que hay que soportar para poder sobrevivir y no entiende a quienes lo ven como una fuente de alegría y placer. Estela desprecia la carrera



de Mara en particular, ya que, para las mujeres obreras como ella, la obligación de ganarse la vida es un indicio de la ausencia de un hombre dispuesto a sustentarlas. “Se desvivía por este trabajo”, dice Estela, burlándose del interés de Mara por el funcionamiento de la empresa maderera donde trabaja como abogada (2023: 77). Estela se da cuenta de que el concepto mismo de trabajo significa algo muy diferente para Mara que para una empleada doméstica que percibe su empleo como una trampa, pero no puede dejar de juzgar a su empleadora por no contentarse con una vida que gire en torno de pura domesticidad.

El trabajo como una fuente de placer que justifica cualquier clase de sacrificio es un concepto que organiza la existencia de quienes tienen suficiente capital social y profesional para ubicarse en las filas de las clases medias altas. Byung-Chul Han describe este aspecto de la subjetividad neoliberal en su análisis de cómo el neoliberalismo ha redefinido los aspectos emocionales del trabajo:

El sujeto de la modernidad tardía al que se le exigen rendimientos no desempeña ningún trabajo obligado. Sus máximas no son la obediencia, la ley ni el cumplimiento del deber, sino la libertad y la voluntariedad. Lo que más espera del trabajo es una ganancia en términos de placer. Tampoco actúa por mandato ajeno. Más bien se escucha sobre todo a sí mismo. . . Pero este liberarse del otro no es solo emancipador y liberador. La fatídica dialéctica de la libertad hace que tal liberación se trueque en nuevas coerciones. (2022 [2016]: 80)

Mientras que el comportamiento de Estela está controlado por las demandas y las expectativas de sus empleadores, Cristóbal y Mara eligen sus obligaciones libremente y se imponen medidas estrictas de autocontrol, percibiéndolas como no solo necesarias sino placenteras. Una y otra vez, Estela observa con incompreensión con qué cuidado y minuciosidad sus empleadores administran y controlan su tiempo, comportamiento, planes e incluso dietas para maximizar la productividad. Los patrones de Estela han logrado, en efecto,

producir una relación del sujeto individual consigo mismo que sea homóloga a la relación del capital consigo mismo: una relación, precisamente, del sujeto con él mismo como ‘capital humano’ que debe aumentar indefinidamente, o sea, un valor que hay que incrementar cada vez más. (Laval y Dardot, 2013: 21)



Mientras observa el control férreo sobre las manifestaciones de desacuerdo entre sus empleadores y sus formas igualmente controladas de señalar su descontento con las acciones de su empleada doméstica, Estela se siente desubicada porque no logra entender del todo la autocontención emocional de los ricos. Intuye que la capacidad de ejercer control está relacionada con las ventajas económicas de las que disfrutaban Cristóbal y Mara, pero no logra comprender que el objeto principal que aspiran a controlar los ganadores de la competencia neoliberal es su propio comportamiento. Perciben a su propio yo como un proyecto de optimización imparable y organizan sus estrategias de crianza de una manera que comunique a su hija la importancia de ejercer el autocontrol desde la edad más temprana. La sociedad disciplinaria de la era precapitalista y capitalista temprana se ha desvanecido a medida que el neoliberalismo ha afirmado una forma completamente diferente de conceptualizar el yo:

La actual sociedad del rendimiento, con sus ideas de libertad y desregulación, elimina en masa barreras y prohibiciones, que son la que constituyen la sociedad disciplinaria. La consecuencia es una deslimitación total y una falta completa de barreras; es más, una promiscuidad generalizada. (Han, 2022: 84)

El capital no quiere reconocer ningún tipo de barreras ni limitaciones y el ser neoliberal lo imita, postulando que cualquier límite para el yo deseante es una violación del derecho sagrado a la libertad total. En esa trampa creada por el capital líquido el ser humano siempre pierde si no logra establecer sus propios mecanismos de autocontrol para suplir la falta de normas establecidas desde fuera. Los que aspiran al éxito económico en el mundo del capital neoliberal deben trasladar el locus de control de lo exterior hacia su interioridad.

Un ejemplo de esta transformación de los mecanismos disciplinarios puede encontrarse en la naturaleza cambiante de las restricciones dietéticas. A medida que el ayuno religioso ha desaparecido de la norma social y se ha transformado en una preferencia individual libremente realizada, la decisión de cuándo dejar de ingerir alimentos pasa al ámbito de la responsabilidad personal. Esta configuración individual de las propias limitaciones dietéticas solo es pertinente, por supuesto, para aquellos que tienen acceso ininterrumpido y garantizado a un suministro abundante de alimentos. Por eso a Estela le resultan



incomprensibles las dietas de moda a las que se somete Mara, pero la microgestión de la alimentación que ingiere constituye una parte crucial del incesante ajuste de los estados físicos, intelectuales y emocionales por parte de su patrona. La maximización de la productividad mediante el empleo calculado de técnicas de bienestar calibradas individualmente ha adquirido el estatus de una imperativa moral en las sociedades neoliberales que buscan privatizar los cuidados de salud y el bienestar haciendo a cada individuo plenamente responsable de su salud y capacidad de desempeño (Barbee et al., 2018: 5). Un sujeto neoliberal exitoso sabe que preservar una ventaja competitiva sobre los demás requiere una autogestión cuidadosa en todos los aspectos de la vida y asume voluntariamente las consecuencias de esta visión del mundo, incluida la tendencia a culparse a sí mismo cuando las cosas van mal. En los siete años que pasa viviendo con la familia Jensen López, Estela interioriza el apego de sus empleadores a la idea de control, pero no logra comprender que dicho control debe reorientarse, ante todo, hacia ella misma.

El convencimiento de que cada contratiempo que experimenta un ser humano es un resultado de una auto-optimización defectuosa tiene un precio. La existencia neoliberal genera una profunda ansiedad porque los sujetos neoliberales solitarios creen que deben culparse a sí mismos por ser administradores ineficaces del recurso limitado de su propio ser. Según anotan Carlos Ruiz y Giorgio Boccardo “paradojas de la modernización del trabajo asalariado: más oportunidades y más incertidumbres” (2014: 51). A ello se podría agregar: más oportunidades para algunos y más incertidumbre para todos. Mara y Cristóbal pertenecen a los pocos afortunados que disfrutaron de una gran cantidad de oportunidades económicas en el Chile de hoy, y pagan el precio de estas oportunidades con una ansiedad incesante ante la posibilidad de descender hacia una clase social más baja si pierden el control sobre su productividad. Para los trabajadores asalariados desposeídos, la ecuación neoliberal ofrece poco en términos de oportunidades y mucho en lo que concierne el sentimiento apabullante de la ansiedad.

La ansiedad es parte integrante de la existencia neoliberal porque “la proliferación de la ansiedad es precisamente lo que permite al neoliberalismo



arraigarse firmemente en la subjetividad contemporánea” (Krce-Ivančić, 2018: 263)⁴. Los sujetos neoliberales intentan mitigar su ansiedad desbordante con la reafirmación de su omnipotencia a través de los conceptos cosificados de la libertad y la elección. Según plantean Hall y O’Shea, la única libertad que se queda innegable en la sociedad del neoliberalismo maduro es la de seguir eligiendo (o consumiendo), lo cual refuerza en sentimiento de ansiedad puesto que cualquier elección desdichada puede acarrear consecuencias intolerables (2013: 13). A pesar de disfrutar de una situación económica más cómoda que la de la mayoría absoluta de los chilenos, los patrones de Estela sufren de una profunda ansiedad. Para mantenerla a raya, Mara se automedica con varios psicofármacos y somníferos. En lugar de un estado fisiológico natural, el sueño se ha convertido en su enemigo al que debe luchar para someterlo a las demandas de una productividad incesante.

El neoliberalismo empuja a los seres humanos a librar una lucha sin límites contra su fisiología para exprimir cada gota de rendimiento del recurso natural y simultáneamente una empresa que representa su ser. El cuerpo humano se imagina como un sitio donde proliferan numerosas condiciones médicas que necesitan ser tratadas con medicamentos, y la dificultad de alcanzar el sueño es un ejemplo perfecto de esta medicalización. Como argumentan Barbee et al. en su estudio sobre el cada vez más poderoso Complejo Industrial del Sueño, la medicalización creciente de la vida diaria en general y del sueño en particular es parte de la neoliberalización de la subjetividad (2018: 10). Mantener un estado físico excelente y evitar problemas de salud se ha convertido en una obligación moral según la cual cada individuo se hace responsable por la autogestión de su salud para evitar la necesidad de hacer uso de los sistemas de la salud pública (Clarke et al., 2003: 162). La medicalización del sueño tiene propósitos bien distintos para miembros de diferentes clases sociales. Puede, por ejemplo, facilitar el trabajo nocturno agotador de los obreros, mantener altos niveles de agilidad mental entre los representantes de la menguante clase media o apuntar hacia una sensibilidad

⁴ Traducción propia.



excepcionalmente refinada de las élites (Barbee et al., 2018: 11). Estela carece de un marco referencial que le permita comprender en qué medida la dieta y la toma constante de medicamentos por parte de Mara tienden a resaltar su posición social elevada. Como resultado, las diferencias entre las maneras en que ella y sus empleadores conceptualizan el cuerpo humano aumentan la distancia insalvable entre ellos. Mara exhibe su cansancio después de un día de trabajo como símbolo de su pertenencia a la clase media alta, lo cual confunde a Estela, que habita un orden simbólico donde el cansancio y el victimismo no constituyen una fuente de orgullo.

La soledad neoliberal

Los lectores nunca podrán saber con certeza si Estela mató a Julia. Lo que es innegable, sin embargo, es que Estela percibe la muerte de la niña como un acontecimiento que finalmente borra al menos parte de la ventaja social de sus empleadores. “Ser doctor no tiene importancia cuando muere tu única hija” (2023: 20), dice triunfante, creyendo que la muerte de la única hija del matrimonio que la emplea es una manera de equilibrar las cuentas entre ella y los patrones. La muerte de Julia le permite a Estela darle fluidez a su monólogo dirigido a la policía que investiga el asunto. Finalmente rompe el silencio sepulcral que oculta su verdadero yo ante sus empleadores y desata un torrente de palabras con las que pretende arrastrar a sus oyentes reales o imaginarios a reconocer la validez de su perspectiva acerca su vida en la casa de Jensen López. En el flujo de palabras cuidadosamente organizado y controlado que utiliza para narrar su historia, Estela demuestra que finalmente ha aprendido a imitar la habilidad de sus patrones de equilibrar la fluidez y el control. A lo largo de su monólogo dirigido a los oyentes a quienes imagina ocultos tras un espejo falso pero pendientes de cada palabra suya, Estela intenta controlar incluso los pensamientos con los que su público podría reaccionar a su historia, construyendo lentamente una tensión narrativa y sugiriendo a sus oyentes cómo deben responder a sus palabras.

El novelista argentino Patricio Pron ha comentado las incongruencias en la narrativa de Estela, atribuyéndolas a un fracaso de Trabucco Zerán como



escritora (2023: 49). Sin embargo, las inconsistencias entre la autopresentación de Estela y la descripción cliché que ofrece de sí misma como víctima y sus empleadores como villanos sobre las que descansan las objeciones de Pron tienen sentido dentro de la realidad intradiegetica de la novela. Estela se sintió silenciada y controlada en la casa de Jensen López, y es lógico que cuando finalmente se le dé la oportunidad de hablar, no produzca una enumeración desapasionada de los hechos, sino que intente contrarrestar la descripción que, según teme, sus patrones ya habrán proporcionado a la policía. “¿Qué les ha dicho la señora? ¿Les ha hablado sobre mí?” (2023: 75), pregunta Estela a sus oyentes anónimos, esforzándose por sobrescribir lo que Mara López pudiera haber dicho sobre ella con su propia narrativa. Así, enumera las cualidades que sospecha que Mara le habrá atribuido a Julia y se apresura a superponer sus percepciones de la niña a las de su madre. Estela continúa su lucha por controlar a Julia incluso después de la muerte de la pequeña. Su actitud hacia la niña a quien ayudó a criar es compleja, lo cual hace que Estela oscile entre el dolor y el triunfo en la narración de la muerte de Julia.

Una animosidad profunda entre quienes fracasan y quienes triunfan en la economía neoliberal organiza la trama de *Limpia* y, por lo tanto, analizar la novela fuera de este marco engendra lecturas descuidadas que ignoran hechos básicos sobre los personajes de la novela. Sirva como ejemplo que Matías Celedón se refiera, una y otra vez, a la pareja de Jensen López como “un matrimonio joven” y “jóvenes profesionales” (2022: 374; 375), lo cual se contradice tanto explícitamente en el texto de la novela como implícitamente por la lógica de la realidad neoliberal que transitan sus personajes, pues una pareja joven no podría lograr el éxito profesional del que disfrutaban Mara y Cristóbal. Con una malicia que surge de la sed de competir que define la relación entre las dos mujeres, Estela insiste que Mara cumplió 46 años dos años antes de la muerte de su hija. Ella es mayor que Estela y no podrá tener más hijos. Ahora que Julia ha muerto, los patrones de Estela están tan condenados a no tener hijos, igual que su criada. La estructura de una economía fuertemente neoliberalizada hace que la maternidad sea financieramente inviable para algunas mujeres y llegue peligrosamente tarde para otras. La transformación de la procreación desde un



acto natural a un logro deseado pero inasequible convierte a Julia en un recurso escaso por el que sus padres y su niñera luchan entre sí. En el neoliberalismo, las relaciones sociales se reconstituyen para reflejar la competitividad siempre creciente y los vínculos sociales mercantilizados (Peck y Tickell, 2022: 385), y esta mercantilización de la vida cotidiana impregna la red relacional que Estela, Mara y Cristóbal tejen alrededor de Julia. La niña es un depósito de capital simbólico por el que compiten los adultos y es por eso por lo que Estela está devastada por la muerte de Julia y a la vez triunfante al darse cuenta de que sus patrones, por edad, ya no tendrán la oportunidad de ganar esa competición en particular.

Por otro lado, *Limpia* no puede reducirse a los tópicos de menosprecio de corte y alabanza de aldea, puesto que la realidad que Estela deja en el campo es tan neoliberalizada como la que encuentra en Santiago. La atomización y la competición que la azotan en la capital fueron sus compañeros constantes también en Chiloé. Estela crece en un entorno familiar fracturado y caracterizado por una ausencia flagrante de hombres. La abuela de Estela queda viuda siendo muy joven y su madre nunca se casa, negándose a revelar a Estela quién fue su padre. Sonia, la prima de Estela, es la única pariente, además de su madre, que entra en contacto con ella a lo largo de la narración. La existencia de una prima tendría que suponer una red más amplia de conexiones de parentesco que incluiría a una tía, un tío u otros primos hermanos. Estela, sin embargo, niega su existencia, y queda claro por qué no quiere reconocer la existencia de sus parientes cuando habla de su único encuentro con Sonia en Santiago. Tras recibir la noticia de que su madre no se encuentra bien y no puede trabajar, Estela envía todo su salario a Sonia, quien supuestamente cuida de su tía mientras ésta se recupera. Sin embargo, Estela descubre que nada de esto es cierto y que su prima la explotó de una manera que ni siquiera sus empleadores se atrevieron a hacer. Sonia aparece en la puerta de la residencia de Jensen López y le informa a Estela de que su madre ha muerto en la fábrica donde trabajaba y de que tuvo que ser enterrada por un compañero de trabajo porque nadie en la familia se molestó en organizar un funeral o telefonar a Estela. La crueldad con la que Sonia le asesta a Estela este golpe y la evidencia del robo



del dinero que Estela le enviaba a su madre muestran una estructura familiar irremediabilmente fracturada. En Chiloé, Estela no dejó nada más que escombros de un orden familiar, comunitario y moral que había colapsado mucho antes de que ella pudiera descubrir una alternativa. No solo no hay solidaridad entre los parientes y vecinos, sino que no existe atisbo de la humanidad más básica, lo cual se hace incluso más patente al negarse Sonia a una mínima expresión de condolencias. La devastación de Estela ante la noticia y la insensibilidad se hace mayor cuando se da cuenta de que la única razón por la que Sonia la contacta es, en realidad, para que la ayude a encontrar un trabajo en Santiago. Así, la verdadera abyección en la novela no reside solo en las condiciones laborales de Estela en la capital, sino también en el colapso de los apegos humanos más básicos en la realidad que abandona en Chiloé. Estela no logrará saciar su sed de contacto humano genuino regresando al sur, puesto que su soledad se ha convertido en un estado existencial que la seguirá a todas partes. El monólogo que dirige a un público invisible y posiblemente inexistente es, al fin, una metáfora de una vida neoliberalizada donde cualquier forma de la comunidad es imaginaria y la soledad es la única compañera fiel.

BIBLIOGRAFÍA

- BAER, Madeline (2014). "Private Water, Public Good: Water Privatization and State Capacity in Chile". *Studies in Comparative International Development* n.º 49.2, pp. 141-167.
- BARBEE, Harry, *et al.* (2018). "Selling Slumber: American Neoliberalism and the Medicalization of Sleeplessness." *Sociology Compass*, n.º 12.10, pp. 1-16.
- BAUER, Carl J. (2013). "The Experience of Water Markets and the Market Model in Chile." *Water Trading and Global Water Scarcity: International Experiences*, ed. de Josefina Maestu. Oxon: Routledge, pp. 130-143.
- BAUMAN, Zygmunt (2015) [2000]. *Modernidad líquida*. México, D.F.: Fondo de cultura económica.
- BUDDS, Jessica (2008). "Whose Scarcity? The Hydrosocial Cycle and the Changing Waterscape of La Ligua River Basin, Chile." *Contentious Geographies: Environmental Knowledge, Meaning, Scale*, ed. de Goodman, Michael K., Boykoff, Maxwell T., y Evered, Kyle T. Farnham: Ashgate, pp. 59-78.
- CELEDÓN, Matías (2022). "Limpia de Alia Trabucco Zerán: Causas e inicios no son lo mismo." *Revista Nomadías*, n.º 31, pp. 373-77.
- CLARKE, Adele E., *et al.* (2003). "Biomedicalization: Technoscientific



- Transformations of Health, Illness, and U.S. Biomedicine.” *American Sociological Review*, n.º 68.2, pp. 161-94.
- GORDON-ZOLOV, Terri; ZOLOV, Eric (2022). *The Walls of Santiago: Social Revolution and Political Aesthetics in Contemporary Chile*. New York: Berghahn.
- FOUCAULT, Michel. (2008). *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978-79*, edición de Michel Senellart, François Ewald y Alessandro Fontana, trad. de G. Burchell. New York: Palgrave Macmillan.
- HALL, Stuart; O’SHEA, Alan (2013). “Common-sense Neoliberalism.” *Soundings: A Journal of Politics and Culture*, n.º 55 de invierno, pp. 8-24.
- HAN, Byung-Chul (2022) [2016]. *La sociedad del cansancio*, trad. de Arantzazu Saratxaga Arregi y Alberto Ciria. Barcelona: Herder Editorial.
- KRCE-IVANČIĆ, Matko (2018). “Governing Through Anxiety.” *Journal for Cultural Research*, n.º 22.3, pp. 262-77.
- LAVAL, Christian; DARDOT, Pierre (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, trad. de Alfonso Díez. Barcelona, Gedisa.
- MARX, Karl. (1970) [1932]. *Manuscritos de economía y filosofía*, trad. de Francisco Rubio Llorente. Madrid: Alianza Editorial.
- MIROWSKI, Philip (2009). “Postface: Defining Neoliberalism.” *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*, ed. de Philip Mirowski y Dieter Plehwe. Cambridge: Harvard UP, pp. 417-55.
- MOHANTY, Chandra Tolpade (2003). *Feminism Without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. Durham & London: Duke UP.
- PECK, Jamie; TICKELL, Adam (2022). “Neoliberalizing Space.” *Antipode*, n.º 34.3 de julio, pp. 380-404.
- PRON, Patricio (2023). “Novela. Un cansancio también precoz. *Limpia*. Alia Trabucco Zerán.” *Letras libres*, n.º 259, pp. 48-9.
- RENDUELES, César (2013). *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- ROJAS VILCHES, Natalie Sofía (2021). “No es sequía es saqueo: Movimientos sociales por la recuperación del agua en Chile. De la protesta social a la Constituyente, autoetnografía del caso de Modatima.” *Clivatge: Estudis i testimonis del conflicte i el canvi social*, n.º 9, pp. 1-42.
- ROTTENBERG, Catherine (2017). “Neoliberal Feminism and the Future of Human Capital.” *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, n.º 42.2, pp. 329-48.
- RUIZ, Carlos; BOCCARDO, Giorgio (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social*. Santiago: El Buen Aire.
- SALINAS FIGUEREDO, Darío (2007). “Democratic Governability in Latin America: Limits and Possibilities in the Context of Neoliberal Domination.” *Imperialism, Neoliberalism and Social Struggles in Latin America*, ed. de Richard A. Dello Buono y José Bell Lara. Leiden/Boston: Brill, pp. 85-102.
- TRABUCCO ZERÁN, Alia (2023). *Limpia*. Barcelona: Penguin Random House.
- VENTURA, Patricia (2012). *Neoliberal Culture: Living with American Neoliberalism*. Farnham / Burlington: Ashgate.